

y le diremos que despierte al poseso. Todo se ejecutó según este plan. Apenas hubo entrado San Bessarion pusiéronse en actitud de hacer la oracion y uno de los clérigos le dijo : « Padre mio, despertad á ese hermano que duerme. El santo dijo pues al poseso : « Levantaos y marchaos ; » y á esta sola palabra el demonio le dejó y él se encontró libre.

Este inocente artificio salió bien de la misma manera en favor de un niño paralítico. Su padre le puso á la puerta de la celda del Santo y se fué. El niño se echo á llorar y habiéndole oido el Santo salio de su celda ; é ignorando su mal dijole que se fuese en busca de su padre, lo cual hizo al instante. La misma maravilla se cuenta de San Macario.

Su humildad resplandecio tambien mucho en aquella caridad por la cual tanta compasion tenia de las faltas de sus hermanos en la conviccion en que estaba de que no era menos debil que ellos. A proposito de lo cual se cuenta que habiendose echo un solitario culpable de una falta por la cual el sacerdote de Sceté le habia querido separar de los otros y echar de la iglesia, apenas le dijo que saliese de ella el santo se levanto y salio con el diciendole : « Yo soy tambien un pecador. »

San Bessarion tuvo entre otros discipulos como hémos visto, al abad Dulas que ocupó un rango distuigindo entre los padres del desierto. Recomendaba principalmente la abstinencia y la paz del alma como poderosos soccorros de los enemigos la salvacion. Decia tambien que era necesario cercenar del corazon las afecciones inutiles porque son una fuente de tentaciones para el espiritu y turban el reposo del alma.

EL VENERABLE JUAN EL NAIN¹.

Cuando el gran San Arsenio se presentó á la iglesia de los solitarios de Sceté para ser recibido entre ellos, según diremos muy pronto, no se encontró en aquel desierto á nadie más capaz de formarle en los deberes de la vida monastica que el venerable Juan el Nain á causa de la pequeñez de su cuerpo. Por ahí, parecia en qué estima era tenido entre los religiosos, lo cual habia adquirido tanto por lo profundo de su humildad y por su recojimiento interior cuanto por la esperiencia que se habia hecho de su discernimiento en las cosas espirituales. No se nos ha dicho cuál era su condicion y su patria. Solo sabemos que tenia un hermano de más edad que él con el cual se fué al desierto. Presentáronse juntos á un anciano de la Tebaida, y que habia fijado su morada en Sceté. Era un hombre severo, y la disciplina que hacia observar á sus discipulos era muy rigurosa.

Exigia por primera disposicion de los que iban á su monasterio que renunciassen á su voluntad y solo bajo esta condicion eran recibidos en él. No dejó pues de preguntarles sobre este punto esencial ; y bajo la promesa que le hicieron de someterse ciegamente á todo cuanto les prescribiese, se encargó de su conducta. Las pruebas siguieron de cerca esta primera leccion. Tomando el anciano un palo seco desde hacia ya mucho tiempo, que encontró á mano, plantólo en la tierra y ordenó á Juan el Nain que lo regase todos los dias hasta que produjera frutos. La órden era tanto más

¹ Sulpicio Severo, San Nilo. Los Bolandistas, Bulteau, Coteleir.

difícil de ejecutar cuanto que el agua estaba á dos millas de allí, y él se veía obligado á salir por la tarde en busca de ella sin poder volver hasta la mañana siguiente. Dos años perseveró en este penoso trabajo sin que hubiese señales de que el palo reverdeciese. Por último, en el tercer año, bendijo Dios sensiblemente su obediencia con un prodigio. El palo, contra toda esperanza, echó hojas y produjo frutos que su superior llevó á la iglesia de los solitarios y se los presentó diciéndoles: *Gustad, hermanos míos, de este fruto ; es fruto de obediencia.*

Postumio que habia estado en Egipto en 402 (Sulp, dial ; I c. 13), decia á Sulpicio Severo que él mismo habia visto este árbol verde en el patio del monasterio. Dicese que todavía hay en Egipto un monasterio dedicado á nuestro santo solitario, en el cual se nuestra un árbol que se cree ser el mismo, y al que por esto se llama *el árbol de la obediencia* ; lo cual seria un nuevo milagro. Los antiguos Padres de la soledad ejercitaban frecuentemente á sus discípulos en esta virtud de la obediencia con prácticas casi semejantes ; y no faltan ejemplos de la misma naturaleza en sus Actas, los cuales nos muestran que el principal fundamento que establecian para la vida monástica era el de una entera dependencia de los superiores y de una ciega sumision á sus órdenes.

Pueden comprenderse los progresos que hizo Juan el Nain en esta virtud por el que hizo en las otras, principalmente en la humildad y en la vida interior. Bien se vé cuánto le agradaban las dulzuras del recogimiento por lo que propuso en cierta ocasion á su hermano. « Yo quisiera, le dijo, ser como los ángeles que no tienen solicitud alguna, que no están obligados á trabajar, y que solo se ocupan de alabar y servir á Dios. » Este deseo era piadoso, y mostraba en el Beato Juan un gran gusto para la oracion, pero la ejecucion no es para esta vida, y su falta de expe-

riencia le hizo experimentar entonces que todo lo que parece santo y elevado, como dijo un santo hombre, no siempre es bueno que lo sigamos, y que hay que usar de discernimiento y discrecion.

Juan el Nain, penetrado de este deseo dejó su hábito y fué al desierto, prometiéndose vivir allí aquella vida angelical que tenia á la vista ; pero despues de haber pasado de esta manera una semana, reconoció su ilusion, y volvió á la celda de su hermano. Oyéndole este llamar á la puerta, le preguntó desde dentro quién era : « Yo soy, respondió, vuestro hermano Juan » — « Juan, respondió su hermano, no es ya al presente un hombre como nosotros, sino que se há convertido en un ángel. » Y aun cuando continuó en llamar á la puerta y en rogarle que le abriese, dejóle pasar toda la noche de esta manera. Por último le abrió al despuntar el dia y le dijo : « Si sois un angel, bien podriais entrar en la celda sin pedirme permiso ; y si sois un hombre, comprended que teneis necesidad de trabajar para vivir. » Juan, instruido por su experiencia y por este caritativo consejo se humilló delante de su hermano, confesó su falta y le suplicó que se la perdonase. Esto demuestra que Juan era entonces todavía jóven y poco experimentado en los caminos de Dios ; pero era humilde, y sabia reconocer su error cuando se habia engañado ; lo cual es una gran ventaja en un hombre todavía nuevo en la via espiritual.

No sabemos cuánto tiempo permanecié bajo la direccion de su padre espiritual, porque no tenemos una historia seguida de su vida. Pero las memorias que se nos han conservado de sus acciones y de los consejos que en lo sucesivo daba á los demás solitarios muestran que habia entrado valerosamente en un gran combate contra sí mismo, y que habia trabajado mucho en vencer sus pasiones. El abad Pemen contaba de él que habia rogado á Dios que le librase de ellas, y que en efecto habia obtenido esta gracia ; de

suerte que no era turbado de ellas, y por ahí se hallaba en gran reposo. Habló de esto á un anciano del desierto, y le confesó que gozaba de una gran paz sin tener cosa alguna que combatir. El viejo le aconsejó que no se fiase del todo de este estado de tranquilidad, que no es permanente en esta vida, y le dió por consejo que pidiese al Señor que se levantase en él alguna guerra y que padeciese como antes alguna pena y humillacion. « Porque, le dijo él, combatiendo es como el alma hace mayores progresos. » Hízolo, y rogo al Señor que le enviase lo que le fué más útil. Su oracion fué oída. Volvieron las tentaciones, y entró de nuevo en el combate contra sus pasiones. Desde entonces no pidió ya más el ser librado de sus asaltos, sino solamente fuerza para sostenerlos valerosamente.

Atacó principalmente sus pasiones con el ayuno; y á este propósito decia, que así como un rey que quiere hacerse dueño de una ciudad enemiga empieza por cortarle el agua y los víveres, á fin de reducirla por el hambre, de la misma manera el que quiere hacerse dueño de sus pasiones, debe acostumbrarse á sufrir el hambre por medio del ayuno, y que este es el medio de amortiguar la fuerza de las pasiones que turban la paz del alma. Para autorizar mejor esta santa práctica, contaba el ejemplo de los que le habian precedido en el desierto de Sceté, los cuales no vivian más que de pan y sal, y aseguraba que este camino estrecho llevaba directamente á la vida; y que por el contrario, el que no se aplica á esta rigurosa abstinencia, cae muy pronto en los lazos del demonio y viene á ser el juguete de las pasiones, por más que él crea haber hecho algunos progresos en la vida espiritual. « Porque, decia él, por fuerte que sea el leon, la avidez de comer le hace caer en el lazo, y le convierte en juguete de los hombres. »

Decia tambien que un solitario que se llenaba de comidas

y se exponia en ocasiones pelligrosas para la pureza, habia ya perdido esta virtud delante de Dios. Quería que se acostumbrasen á una vida ruda y penosa; y como se le preguntase un dia qué cosa era ser monje, respondió que era ser un hombre de trabajo, ó el trabajo mismo, porque debia ejercitarse en sufrir toda clase de trabajos. Habiéndole preguntado un hermano de qué podían servir las vigiliyas y ayunos, respondió que servian para humillar el alma y que viéndola Dios abatida de este modo, tenia de ella compasion y la socorria.

Facilmente puede deducirse por lo que le sucedió en cierta ocasion, que, dando el alimento á su cuerpo, alimentaba tambien su alma con santos pensamientos. Muchos solitarios, de cuyo número él era, hallábanse cierto dia en una comida que se les habia dado por caridad. Quiso la casualidad que él observase que uno de ellos reia. No le gustó esto, y dijo derramando lágrimas: « ¿Qué motivo puede tener este hermano de reir, mientras que nosotros tenemos tantos de llorar, aunque no fuese más que por comer, como hacemos aquí, el fruto del trabajo y de la caridad de los demás? »

Aplicóse tambien mucho á combatir la cólera y á adquirir una gran dulzura. Esto es lo que despues le hizo sobrellevar las injurias con tanta paciencia en las ocasiones que la Providencia le proporcionó, para merecer por esta virtud. El medio que empleó al principio para salir airoso en esto, á más del de la mortificación y penitencia, consistió en retirarse tan pronto como se sentía commovido, por miedo de que respondiendo, no diese lugar al demonio de la cólera, ó no prorunpiese en alguna palabra de impaciencia. De esta manera se portaba un dia en que se hallaba en el camino de Sceté, y se ocupaba en hacer sus esteras. Un hombre que encontró en el camino se atrevió á tener con él conversaciones desagradables con el fin de moverle á

cólera, Juan temió en efecto caer en ella, y dejando allí su trabajo, huyó. Lo mismo hacia cuando veía á los religiosos ponerse á disputar. El caso le sucedió cuando segaba con otros hermanos. Apercibióse de que alguno de ellos estaba encolerizado contra otro, y al instante dejó su trabajo y se retiró.

Por el cuidado que de esta manera tomó en combatir esta pasión, llegó con el socorro de la gracia á adquirir la virtud contraria; y sobresalió tanto en dulzura, que muy lejos de resentirse de las injurias, solo oponía á ellas el silencio, ó se humillaba todavía más de lo que se habría querido abajarle. Estaba un día sentado á la puerta de la Iglesia de Sceté. Habiéndose muchos hermanos reunido en torno suyo, ya para descubrirle sus pensamientos ya para pedirle consejos, presentóse entónces un anciano que experimentó con esto celos, y le reprochó de que estuviese allí como una cortesana, que se ha adornado con el fin de agradar á los jóvenes. Muy lejos de ofenderse por una tan odiosa comparación, respondióle que tenía razón, que decía verdad, y que sin duda Dios se lo había dado á conocer. Una tan humilde respuesta no curó el ulcerado corazón de aquel envidioso anciano, sino que al contrario insistió, diciéndole que tenía el espíritu lleno de veneno. Pero Juan, humillándose siempre más, le respondió dulcemente: « Esto es mucha verdad, Padre mio; y sin embargo no veis más que lo exterior; pues si vieseis lo interior, mucho más pudierais decir. »

Tenía entonces discípulos, y habiéndole preguntado uno de ellos á este propósito si se había turbado con lo que le había dicho aquel anciano, confesó que se había conmovido tan poco en el interior cuanto lo había manifestado por de fuera.

Para mostrar á los demás solitarios con qué paciencia deben sufrirse las injurias, contábase la historia de un

filósofo, si es que esto no era más bien una parábola, y decía que teniendo bajo su tutela á un hombre que su padre, también filósofo, le había confiado al morir, ese joven cometió una falta considerable por la cual se vió obligado á echarle de su casa; pero habiendo este concebido por tal causa una gran pena, y habiendo vuelto á pedirle perdón, el filósofo le respondió que no se lo concedería sino después que hubiera pasado tres años ayudando á los que estaban condenados á las minas y que llevaban mármoles al río. Sometióse él á esta pena, y después de haberla cumplido, presentóse de nuevo á su tutor. Pero él le dijo que todavía era necesario pasar tres años en sufrir toda suerte de injurias, y hasta en dar dinero á los que se las dirigiesen. El joven sometióse de nuevo á esto, por lo cual cayó en gracia delante de su tutor, quien le llevó á Atenas para que aprendiese la filosofía. Encontró á la puerta de esta ciudad á un viejo filósofo que dirigía injurias á todos los que en ella entraban, y el cual no le perdonó á él más que á los otros, pero el joven se echó á reír, y dijo al filósofo, que pareció admirarse de ello: « Hace tres años que yo doy dinero á los que me insultan como lo haceis vos; ¿ y os sorprendéis de que yo me ría, ahora precisamente cuando no me cuesta nada? » A lo cual replicó el viejo: « Entrad: pues bien lo merecis. » De este ejemplo deducía que la paciencia en las injurias nos abre las puertas del cielo: « porque, añadía él, los antiguos Padres no entraron en la ciudad de Dios para gozar allí los goces celestiales sino humillándose y sufriendo muchas humillaciones é injurias; pues en efecto la humildad y el temor de Dios son las virtudes principales. »

Si este santo solitario sufría con paciencia las injurias, no toleraba de la misma manera los aplausos. Alabándole alguno mucho por el trabajo que hacía, él no le respondió. Habiendo aquel vuelto por segunda vez á lo mismo, tam-

bien guardó silencio. Por último, viendo que otra vez comenzaba á alabarle, le interrumpió con estas palabras: « Desde que vinisteis acá habeis echado de este lugar á Dios. »

Creyéndose un dia estar solo en la iglesia, dió rienda suelta á su corazon y lanzó algun suspiro. Pronto despues apercibióse que habia detrás de él un hermano, y creyendo que le habia oido suspirar, echóse á sus pies y le pidió perdón, diciéndole: « Ya veis cuán poco instruido soy. »

No puede dudarse que habia adquirido grandes luces en los caminos espirituales; sin embargo no servian ellas más que para darle una más baja idea de sí mismo y llevarle á humillarse. Asi que estaba tan convencido en su desierto de su sincera humildad, que esta le habia adquirido tanto como sus luces la confianza de todos los solitarios; lo que hizo que se dijese de él que los dirigia como con la punta del dedo. ¡ Tanto era lo que se veian ellos inducidos á someterse ciegamente á sus consejos!

Por ahí experimentaba aquella verdad que decia á su discípulo, y que el mismo Jesucristo nos ha enseñado: El que se humilla sera ensalzado. No honremos más que á Dios solo, le decia él, y todo el mundo nos honra á á nosotros. En efecto, Dios le glorificó tanto á los ojos de sus hermanos, que tenia una muy baja estima de sí mismo y estaba siempre pronto á humillarse. Sus Actas nos enseñan á este propósito que un anciano de muy gran mérito, habiendo entrado en su celda mientras dormia, halló á un ángel junto á él; lo cual hizo que al instante se retirase.

Para hacer sentir más á los otros cuánto amaba Dios á las almas humildes, y que gusta algunas veces, aun en esta vida, de levantarlas á los ojos de los demás, referiales esta historia: Habia, decia él, un anciano muy conocido y muy estimado en toda la ciudad, pero para quien las alabanzas eran una carga, y el cual por esta causa permanecia siem-

pre encerrado. Fuéronle á advertir que un santo hombre, conocido suyo, estaba muy malo, y él creyóse en el deber de irle á visitar antes que muriese; pero difirió esto hasta la noche, por miedo de que si lo hacia en pleno dia hubiera sido seguido de un gran número de personas que deseaban verle. Como huía de esta manera la gloria de los hombres, quiso Dios glorificarle á sus ojos. Envió dos ángeles que le acompañaron y alumbraron con hachas; de suerte que habiendo él escogido expresamente la noche para no ser visto de nadie, toda la ciudad acudió para ver este prodigio.

Juan el Nain dividia todo su tiempo entre el recogimiento interior y la caridad para con sus hermanos. Hemos dicho que todos los solitarios iban á él con una entera confianza para recibir sus consejos segun sus necesidades; pero al dárselos, tenia cuidado de llenarse el mismo junto á Dios de sus celestiales luces, y lleno así en la elevacion de su oracion, era para con sus hermanos, en las saludables instrucciones que les daba, como una bacia que no derrama afuera sino lo que le sobra. Primeramente, no permitia que fueran á entretenerle inútilmente, y sobre todo con negocios del mundo. Y si alguno le entablaba discursos sobre esta materia, pronto los inclinaba á las cosas de Dios. Unos hermanos fueron á su celda con intencion de experimentar por sí mismos lo que se les habia dicho á propósito de su virtud. Padre mio, le dijeron; tenemos que dar á Dios infinitas gracias por la abundante lluvia que nos ha dado este año. He ahí que las palmeras van muy bien, y los hermanos que se ocupan en hacer esteras facilmente prodrán hacer provision para sus trabajos. Pero en vez de responder directamente, les dijo él: « Lo mismo sucede cuando el Espíritu Santo baja á los corazones; reverdecen, si se puede decir así, son renovados y producen como nuevas hojas por el temor del Señor. »